

MEDICINA & HISTORIA

PUBLICACIONES MÉDICAS BIOHORM — SECCIÓN: MEDICINA E HISTORIA

Director: Dr. Manuel Carreras (Editorial Rocas) N.º R.: B. 1023-63. D. L.: 27541-63

AMPARO ESTELLÉS

LA MEDICINA EN LAS NOVELAS SOCIALES Y VALENCIANAS DE BLASCO IBAÑEZ

2

M&H

n.º 2 Mayo 1971

LA MEDICINA
EN LAS NOVELAS
SOCIALES Y VALENCIANAS
DE BLASCO IBAÑEZ

AMPARO ESTELLÉS

I. MEDICINA Y SOCIEDAD
EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

II. LA MEDICINA Y BLASCO IBAÑEZ

EL MÉDICO

Opinión del mismo sobre la sociedad e higiene
Opinión de la sociedad sobre el médico

LA ENFERMEDAD

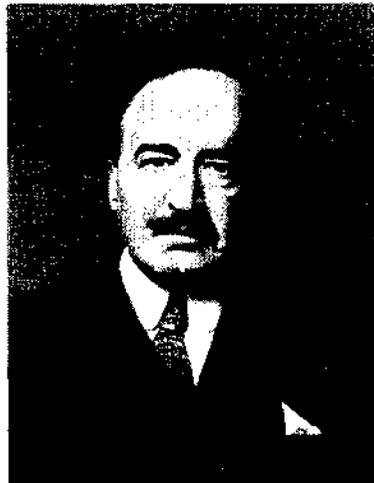
Principales enfermedades
Valoración de la enfermedad por el propio enfermo

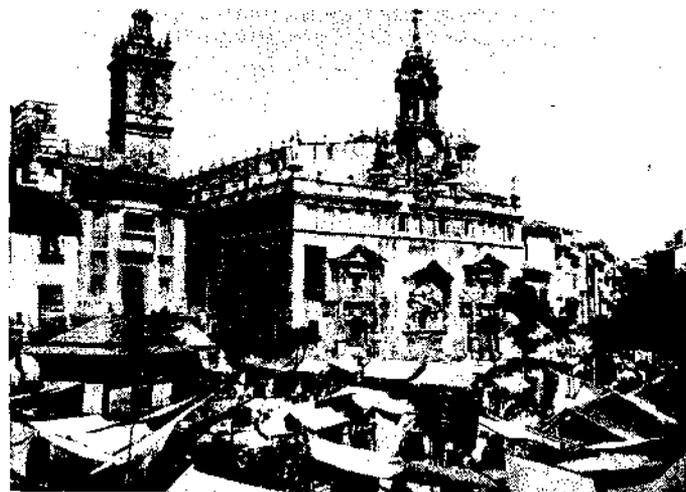
MEDICINA Y RELIGIÓN

EL HOSPITAL

MEDICINA POPULAR

Notas





I. MEDICINA Y SOCIEDAD EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Antes de abordar el tema concreto de la medicina en las novelas de Blasco Ibáñez, es necesario conocer cómo estaba la sociedad y la medicina en el siglo en que vivió, para poder ir viendo a través de su obra cómo supo plasmar dicha sociedad médica.

Más concretamente, debíamos ver cómo estaba España en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, ya que la vida del novelista se extiende desde 1867 a 1928 (1).

Veamos en primer lugar la importancia del médico en esta sociedad decimonónica: El médico, como tipo social y como clase, así como la medicina como ciencia, gozaron en el siglo XIX, de gran prestigio, de fervoroso prestigio... Hubo tres posturas de la sociedad ante el médico:

— La primera postura es la de ver al médico como encarnación del ideal de la ciencia (postura admirativa): es el médico, aplicadísimo, que se encariña con los enfermos.

— La postura satírica: por la ignorancia encubierta de charlatanería, el uso de palabras técnicas ininteligibles, la excesiva seriedad y ceremonia de algunas operaciones.

— Postura crítica: por la falta de sentido social en su ejercicio, ausencia de interés científico y carencia de sentido ético y profesional (2).

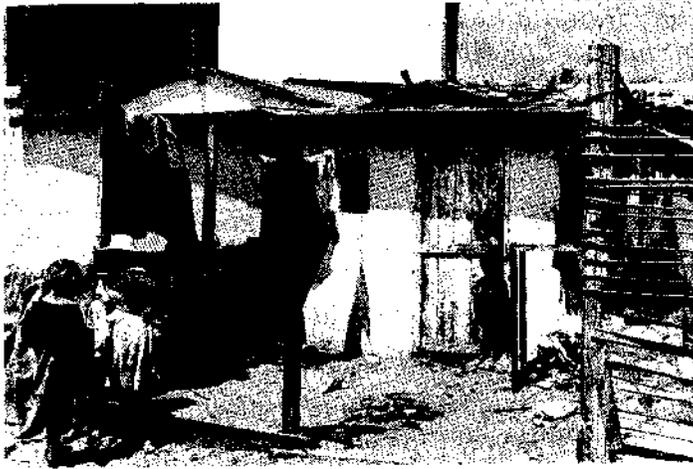
La formación científica del médico va encaminada a la aceptación total de las doctrinas y técnicas de la sociedad europea; en este sentido adquiere mucha importancia el viaje de estudios al extranjero, que luego se vio ampliado por la creación de la «Junta de Ampliación de Estudios» que se creó a principios del siglo XX (3).

Respecto a la medicina, existe una contraposición entre los medios diagnósticos tan desarrollados en esta época y la importancia de curación de la enfermedad por carecer de medios terapéuticos (4).

Existe una cristalización de las especialidades. El cirujano alcanza gran prestigio debido al exacto y completo conocimiento anatómico del cuerpo humano, al alcance y solidez científica logrados por la anatomía patológica (5).

El médico es un denunciador de las pésimas condiciones de vida de la sociedad española, así como de la higiene en general: López de Arévalo, Monlau y tantos otros así lo manifiestan, al igual que los escritores y, dentro de ellos, también Blasco Ibáñez.

El médico, en contacto directo con la miseria, con las pésimas y vergonzosas condiciones de vida de las gentes que constituían lo que hoy llamaríamos «barrios obreros», se constituye en denunciador de su lamentable situación. Con dicha actitud, lanza por primera vez, una de las más duras críticas sociales a esa sociedad capitalista e hipócritamente cristiana, de la que él mismo, forma parte (6). Ello no quiere decir que la clase médica del siglo XIX, renegara de su condición burguesa. Salvo excepciones, la denuncia estaba basada más en razones científicas, higiénicas o «humanitarias», que en una ideología socialista.



Las enfermedades que más aquejaban a España en este siglo eran, en la ciudad, la tuberculosis, siendo el paludismo problema del campo, sobre todo en algunos lugares, como por ejemplo el litoral levantino.

A finales de siglo, el proletariado urbano, pasa, de ser considerado víctima propicia de las epidemias coléricas, a ser visto como víctima de la tuberculosis. Esta conciencia desborda por completo los límites de las publicaciones médicas: miseria y tuberculosis son en estos años, términos sinónimos para sociólogos, literatos y políticos y argumentos obligados en los escritos y discursos de las cabezas del movimiento proletario (7).

La relación personal médico-enfermo, no pasaba del tratamiento «roborante». En la medicina española del siglo XIX, la patología no había incorporado todavía la relación personal que la clínica había venido practicando desde los tiempos de Hipócrates.

Además de la medicina como tal, existe también la llamada *medicina popular*, que viene representada muy particularmente por la «comadre», la cual desarrolla una triple función: asistencia en el parto, primeros cuidados del pequeño e indicaciones dietéticas de la parturienta (8).

Facsímil del primer número del periódico «El Pueblo», fundado por Blasco Ibáñez en 1894.

Fotografías realizadas en la época de Blasco Ibáñez.

II. LA MEDICINA Y BLASCO IBÁÑEZ

Antes de hablar de la medicina en Blasco Ibáñez, es necesario describir, a grandes rasgos, la corriente literaria que impera en esta época: El *naturalismo literario*.

«Entre 1875 y 1936 se extiende una verdadera Edad de Plata de la cultura española, durante la cual la novela, la pintura, el ensayo, la música y la lírica peninsulares van a lograr una fuerza extraordinaria como expresión de nuestra cultura nacional y un prestigio inaudito en los medios europeos (9).

»En el orden estético, penetramos en el período que se inicia en 1870 bajo el signo del naturalismo en la escuela literaria y pictórica, que pretende *observar* la realidad social con objeto de ofrecer, de acuerdo con las concepciones filosóficas positivas que le sirven de base, documentos fidedignos y pormenorizados acerca de la realidad. El primer postulado del naturalismo es, pues, la observación de la realidad y esta observación se dirige preferentemente hacia las clases populares, deleitándose con cierta fruición en la descripción de las lacras físicas y morales de la sociedad burguesa posterior a la Revolución del 48 (10).

»El naturalismo español va a poner su técnica y estética de *observación*... al servicio de dos grandes fines: una crítica social de

las clases dirigentes de la Restauración y un descubrimiento de la región a través de sus paisajes, de sus costumbres y de sus hombres» (11).

Dentro del naturalismo literario tenemos a varios literatos que a través de sus novelas reflejan la sociedad del siglo XIX; entre ellos podemos citar: Pérez Galdós, Pardo Bazán y también Blasco Ibáñez.

El propio escritor, confiesa la influencia de Zola y la escuela naturalista en sus primeras novelas: «Yo, en mis primeras novelas sufrí de un modo considerable la influencia de Zola y de la escuela naturalista, entonces en pleno triunfo, en mis primeras nada más, ... Yo, para muchos, escriba lo que escriba, aunque sufra en mi existencia literaria las más radicales evoluciones, siempre seré el *Zola español* ... Cuando empecé, veía la vida a través de los libros de otros, como la ven todos los jóvenes. Hoy la veo con mis propios ojos...» (12).

Entre las novelas de Blasco Ibáñez, las más ricas en temas médicos y relacionados con la medicina, son las llamadas novelas sociales, entre las cuales están, por ejemplo: *El Intruso*, *La Bodega* y *La Horda*. En la primera, el autor describe la sociedad española de las minas del Norte, con sus pésimas condiciones de vida. En *La Bodega*, se ve la sociedad de los cortijos en el sur de España. Por último, en *La Horda*, vemos la vida en los barrios pobres de Madrid.

En todas ellas se refleja, acerca de la sociedad, enfermedades y médicos, un conocimiento profundo como gran naturalista que era. En las novelas valencianas, no existe tanto interés en temas estrictamente médicos, pero en ellas también se ve palpablemente la sociedad valenciana de la época, junto con las principales enfermedades que le aquejaban.

Las novelas sociales reflejan, pues, la sociedad de España y sus condiciones de vida en los más dispares lugares de la misma. Respecto a estas novelas, el propio Blasco Ibáñez escribe en 1927 en una carta dirigida a Isidro López Lapuya: «... Únicamente haré constar, que todo esto lo escribí con sinceridad y entusiasmo. Acabábamos de sufrir nuestra catástrofe colonial; España estaba en una situación vergonzosa, y yo atacué rudamente, pintando algunas manifestaciones de la vida soñolienta de nuestro país, imaginando que esto podía servir de reactivo» (13).

Vamos a ver ahora, la opinión que el escritor da a través de sus novelas, del médico, la enfermedad, la higiene, la religión en relación con la medicina y también se observa en sus obras una rica variedad de alusiones respecto a la «medicina popular».

MÉDICO

Respecto a la opinión que del médico tiene la sociedad en las novelas de Blasco Ibáñez, podemos contraponer dos aspectos, uno positivo y otro negativo.

Considerando el primer aspecto, vemos una gran admiración de los mineros del Norte hacia el doctor Aresti, el cual había estudiado en el extranjero y luego de haber conseguido una buena clientela en la ciudad, lo había dejado todo para ir a vivir en las minas: «Despertaba en ellos cierto orgullo que el doctor Aresti, que había estudiado en el extranjero y del que hablaban en la villa con respeto, quisiera vivir en la sociedad primitiva y casi bárbara del distrito minero» (14). En el párrafo visto con anterioridad se refleja el acercamiento de los médicos españoles

LA MEDICINA EN LAS NOVELAS SOCIALES Y VALENCIANAS DE BLASCO IBAÑEZ

al extranjero, y lo bien considerado que estaba ello ante la sociedad.

A veces las gentes humildes miraban al médico como algo sobrenatural capaz de hacer las mayores curaciones milagrosas: «El mísero rebaño de los mineros, tenía una fe ciega en su ciencia, lo miraba como un brujo capaz de los mayores prodigios para remediar los desperfectos del andamiaje humano. Pasaban por los caminos de la montaña un sinnúmero de lisiados, que, al conservar la vida después de horribles catástrofes, proclamaban la maestría del cirujano» (15). Esta admiración ante un ser que hace milagros la vemos también en otro párrafo del *Intruso* en el que un muchacho de las minas trata de convencer al doctor, para que vaya a sanar a su padre: «Señor doctor... Usted, sólo usted... sabe más que todos juntos. La gente dice que usted hace milagros. Y apoderándose de la mano del doctor se la besó repetidas veces» (16).

A veces es acusado el médico de no inmutarse ante el dolor ajeno, de ver la muerte como algo natural y que ocurre con mucha frecuencia, pero admiran que a pesar de todo viva con los pobres y su miseria (17).

Un marino del que se habla en la novela *El Intruso*, divide a la sociedad en tres clases: los que trabajan seriamente, los vagos y viciosos y los «planetas»; estos últimos, eran gente simpática y buena, pero sin seriedad ni sentido práctico; en este último grupo incluye al médico que pudiéndose hacer de oro en la ciudad, prefiere vivir en las minas (18).

Junto con la importancia que adquiere el viaje de estudios al extranjero, vemos en el párrafo siguiente el gran relieve social que adquiere en esta época el cirujano:

«Aresti vivió tres años en París... fue interno en los hospitales al lado de los cirujanos más

célebres y la fama de sus estudios llegó a Bilbao antes que él regresase. Cuando volvió, su éxito era seguro» (19).

«La fama de las operaciones era cada vez mayor, y la familia disponía de él, como un objeto de lujo que proporcionaba a la casa cierta distinción» (20).

En la sociedad burguesa, si un médico tenía fama era considerado como el único capaz de curar las enfermedades que se padecía: «Aquellas buenas señoras, aunque se trasladasen a Bilbao o al otro extremo del mundo, reclamaban la asistencia del doctor Aresti, obligándole a ir tras ellas, como un comisionista de salud» (21).

Pero no siempre era considerado el médico de igual forma, sino que había quien veía en él algo innecesario: «Los animales saben menos que las personas y lo pasan tan ricamente sin médicos ni boticas» (22).

El lenguaje médico, ininteligible para el vulgo, es un freno en la adecuada relación médico-enfermo. Con esto se suma un nuevo distanciamiento, al ya existente, en la relación médico-enfermo, debido al distinto nivel social: «No creía en los médicos, que, según ella, la engañaban con palabras» (23). «...¡ Médicos!, vaya gente ignorante, todo lo echaban en palabrotas raras e ininteligibles» (24), «lo único que había podido sacar en claro era que se trataba de una congestión cerebral y el enfermo... se hallaba... en un medio patológico que había preparado el efecto terrible de la noticia» (25).

En este último párrafo ya se le da importancia al psiquismo de la persona como factor muy importante que puede influir en el empeoramiento o mejora de una enfermedad.

Se critica duramente al médico que no se toma en serio la vida por curarse de espanto con el diario espectáculo de las miserias y

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

LA BARRACA

(NOVELA)

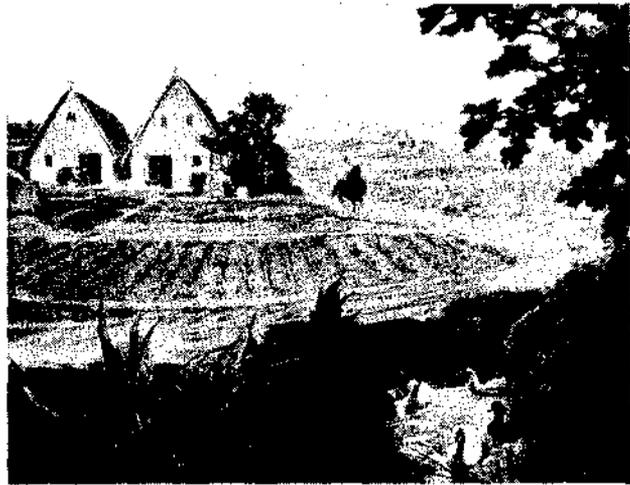
ILUSTRACIONES DE
JOSÉ BENLLIURE



PROMETEO
Germanfas, 35.—VALENCIA
(Published in Spain)

Edición de 1925 de «La Barraca».

Ilustración de José Benlliure.
De un paisaje de la huerta valenciana
para la edición de 1925 de «La Barraca».



desarreglos de la máquina humana (26) y también se critica al médico que se preocupa más de sus honorarios que de la enfermedad de sus pacientes (27).

Blasco pone en las palabras de un médico un ensalzamiento de la ciencia y justicia social que se puede resumir en sus palabras: «Yo adoro la justicia social como fin y creo en la ciencia como medio»; en este discurso se ve reflejada una clara mentalidad positivista en contra de la mentalidad del cristianismo de la época. Se critica la moral cristiana que mantiene al pobre en su mísera situación dándole por esperanza la recompensa del cielo, pero sin tratar de resolver su situación terrena. También se critica la virtud como mero pasaporte para entrar en la vida eterna y se ensalza a la ciencia, ya que el hombre emancipado por ella se preocupa de la Humanidad. El hombre moderno, dice el escritor, no debe preocuparse sobre el origen del mal, o si la naturaleza está corrompida o no por el pecado, poco importa el origen del mal, lo importante es combatirlo y vencerlo. Con la ciencia, el hombre tiene a sus órdenes la Naturaleza, haciéndola trabajar para su comodidad y sustento (28).

Tiene mucha importancia la lectura de libros y revistas nuevas en el médico, que le lleven a realizar mejor su profesión (29).

Vemos, pues, a través de las novelas del escritor, la postura de la sociedad ante el médico, la admiración, la sátira y también la crítica de una profesión que alcanzó gran prestigio en el siglo XIX.

HIGIENE

También el médico, a través de la pluma de

Blasco, da testimonio de la sociedad en que vive, de la miseria de las gentes humildes y la falta de higiene en sus viviendas:

«El doctor recordaba la miseria de los peones de las minas, que los hacía huir de las fuentes de las montañas porque sus aguas abren el apetito y favorecen la digestión. Preferían el líquido rojo e impuro de los lavaderos, que al ensuciar el estómago hacen menos frecuente el hambre» (30).

El médico es testigo de la sociedad minera, con las malas condiciones de los trabajadores, explotados por unos pocos, sin posibilidad de rebelarse, pues al haber más oferta eran sustituidos por otros.

También se describen las viviendas de esos mismos mineros: «Eran barracas, conocidas en el país con el nombre de chabolas, con tabiques de madera delgada y techumbre de planchas corroídas. Las puertas se componían de dos piezas horizontales: la hoja inferior quedaba cerrada como una barrera y la superior, al abrirse, era la única ventana que daba a la casa luz y aire. Las incesantes lluvias habían podrido estas viviendas, reblanqueando su madera, deshilachando sus fibras como si toda ella fuese a convertirse en gusanos» (31).

El doctor Aresti, en la novela *El Intruso*, al acudir a visitar a un enfermo, trabajador de las minas, denuncia las malas condiciones de higiene. En un cuarto dormían juntos varios mineros, con ausencia de limpieza en su reducida habitación, sin ventilación, donde se producían todo tipo de enfermedades (32).

Pero no sólo era en las minas donde las condiciones de vida y la higiene eran pésimas, sino también en los cortijos, donde hombres y mujeres dormían juntos, comiendo todo el día pan como único alimento, encontrándose todos enflaquecidos y anémicos (33); sin se-

guridad alguna de continuidad en su trabajo: «...Se veían reemplazados apenas los debilitaba la vejez o la fatiga; más tristes que el antiguo esclavo, que al menos veía seguros hasta su muerte el techo y el pan» (34).

No sólo es en el ambiente rural donde se manifiesta esta falta de higiene, sino también en la misma ciudad, en Madrid, donde los malos olores que provenían de las alcantarillas, impregnaban la atmósfera: «Los ardores del sol caldeaban las charcas del Manzanares, las penas de inmundicia de las alcantarillas que lesaguan en él» (35).

También en las afueras de la ciudad, en las viviendas de las gentes humildes, seguía reiterándose esa falta de higiene que vimos anteriormente: «Eran tabucos cuyo suelo de tierra apisonada, estaba mucho más abajo que la calle... Los colchones artrosos, apilados en un rincón se extendían por la noche junto a las patas traseras de las bestias, durmiendo la familia y su capital acariciados por el calor del común estiércol...» (36).

Ante estas condiciones de vida, está la ignorancia de las gentes al dar una explicación del por qué no morían todos a pesar de vivir en ese ambiente tan malsano: «Gracias a eso —decía— no mueren como chinches. El humo los limpia, ya que nunca tocan el agua» (37). Tampoco falta, dentro de este tema, la descripción del estado de los presidios, de los cuales el novelista era conocedor, ya que en ellos había estado personalmente en varias ocasiones. La mala alimentación en ellos, era como una especie de tortura para conseguir que los presos confesasen: «Un pan y unos trozos de bacalao seco eran su comida. La sed, una sed infernal, le desgarraba las entrañas, le oprimía la garganta y hacía arder su boca» (38).

LA ENFERMEDAD

Después de haber hecho una revisión del tema de la higiene, vamos a ver la enfermedad, los principales tipos de enfermar que existen en sus novelas y la importancia que dan a la enfermedad los distintos tipos de enfermos.

La enfermedad que con una mayor frecuencia nombra el escritor es la *tuberculosis* o tisis; era ésta una de las enfermedades que más aquejaba a España en la segunda mitad del siglo pasado. En las novelas se asocia casi siempre a la miseria, es propia de gente humilde como en el caso de la gitanilla de la novela *La Bodega*, en la que hace una descripción detallada del aspecto de la misma en un estadio avanzado de la enfermedad: «...Ya no quedaba en ella el menor vestigio de la carne, sus débiles músculos de anemia se habían derretido. Sólo subsistía el esqueleto, marcando sus angulosidades sobre la epidermis blanquizca... toda su vida parecía concentrarse en los ojos hundidos, cada vez más negros, con más luz... en las profundidades de las órbitas amoratadas» (39).

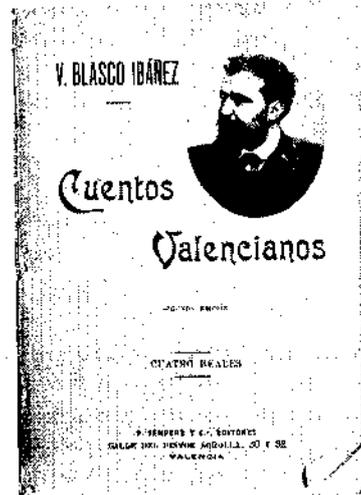
Luego también se da importancia a la manera de respirar de la enferma: «Oyó el ruido de su respiración, un soplido doloroso de fuelle descompuesto, que dilataba y contraía el mísero costillaje de su pecho» (40).

Además de describir la enfermedad señala como una posible vía de contagio de la misma, la vía directa, al vivir dos personas juntas una de las cuales padezca la enfermedad (41).

Se da importancia a los antecedentes. El conocedor de la medicina pregunta sobre los antecedentes de alcoholismo como posible causa de tuberculosis (42).

Portada «Historia de la Revolución Española».

Portadilla de «Cuentos Valencianos».



Todo ello es reflejo de las distintas mentalidades médicas del siglo XIX (anatómoclínica, fisiopatológica y etiopatológica), junto con las ideas de reforma social de los filántropos de fin de siglo, tipo Concepción Arenal (por ejemplo, la insistencia en el alcoholismo como causa de males sociales y no como efecto de una situación social).

Pero además de las enfermedades respiratorias, tenían su importancia o empezaban a tenerla las enfermedades circulatorias, como el caso del tabernero que presentaba una afección cardíaca:

«La hinchazón comenzaba a extenderse por sus piernas enormes, desfiguradas por el reuma, verdaderas patas de elefante... Los médicos no ocultaban su triste opinión. Se moría de un reumatismo cardíaco, de asistolia. Era una enfermedad sin remedio; el corazón quedaría falto de contracción en el momento menos esperado y acabaría la vida» (43).

En todos estos casos vemos cómo el médico llega satisfactoriamente a un diagnóstico de la enfermedad que padece el individuo, pero ante la que la terapéutica se siente ineficaz. Se alude también a enfermedades venéreas, y en una ocasión al cáncer, siendo la morfina único remedio para mitigar los dolores producidos por dicha enfermedad (44).

En el litoral levantino, la enfermedad que más afecta a los habitantes, sobre todo en la Albufera, son las fiebres tercianas, el paludismo que no sólo afecta a la persona sino también a la descendencia que mueren casi recién nacidos, por no poder soportar la miseria y las fiebres (45).

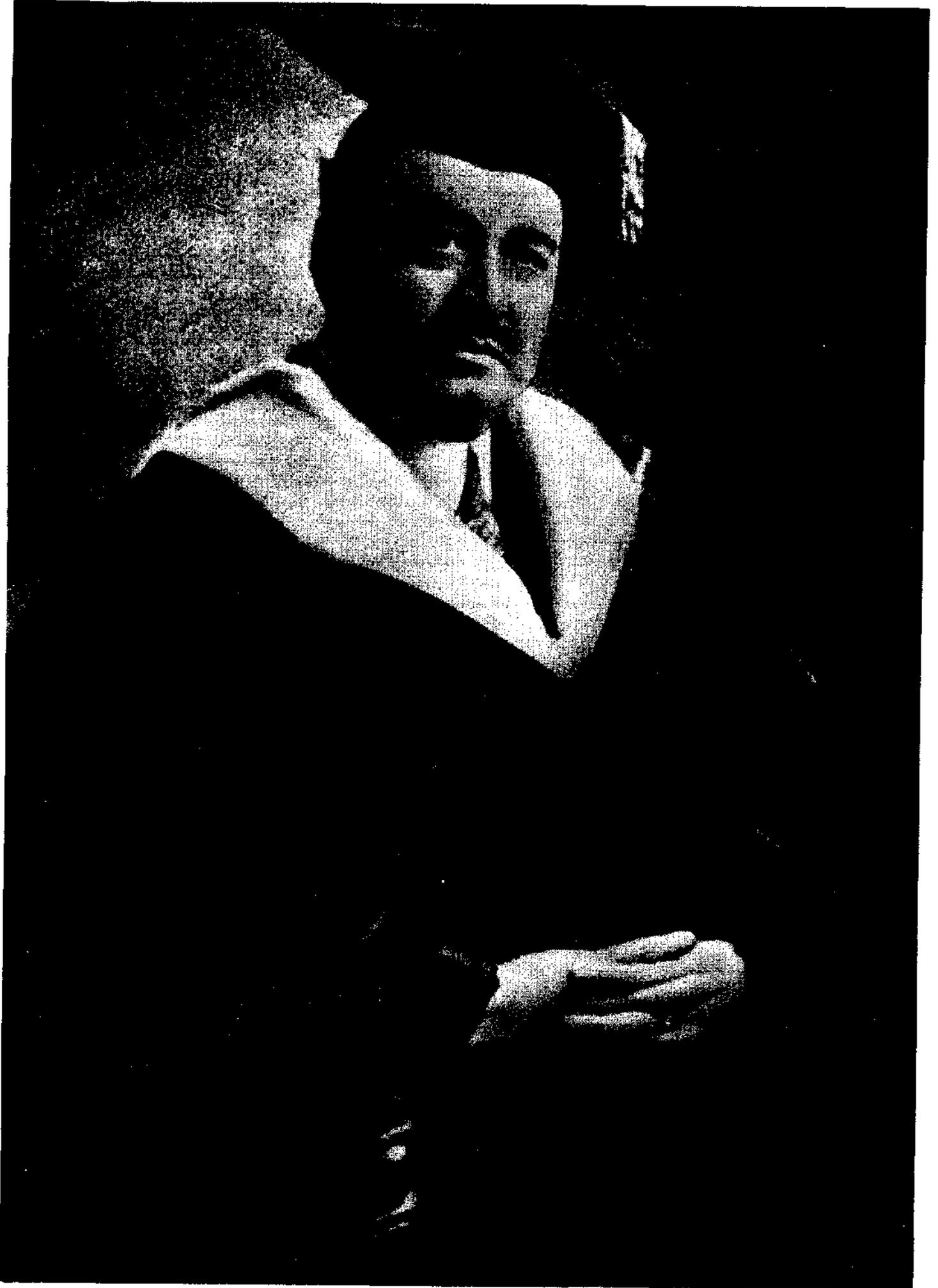
Uno de los problemas que azotaban sobre todo al sur de España era el alcoholismo, pues las gentes encontraban en el vino una nueva vitalidad.

«...no logrando que funcionase su cuerpo más

que a impulsos de excitación alcohólica. En plena madurez mostrábase decrepitos, con las manos temblonas, casi paralíticas, los ojos enrojecidos, la vista oscurecida y el pensamiento difuso... Y víctimas alegres de esa esclavitud, alababan aún el vino como el remedio más seguro para fortalecer la vida» (46). Incluso encontraban en esta bebida propiedades medicinales: «...con la botella de Jerez se obsequia al convaleciente en los países escandinavos y restauran en la India los soldados ingleses, sus fuerzas agotadas por la fiebre; los marinos, con Jerez, combaten el escorbuto... provocando el apetito para la nutrición del cuerpo y el sueño para su restauración» (47).

Ahora vamos a ver la valoración de la enfermedad por los distintos tipos de enfermos: El enfermo rico que se cree estar grave a la menor molestia y acude con prontitud a los mejores médicos (48); sin embargo, el pobre jornalero que sólo acudía en extrema gravedad: «Estaba muy malo, mucho. ¡Para que él se hubiese decidido a perder el jornal del día!» (49). Había también quien relegaba la enfermedad a segundo término después de los negocios: «Los dolores le mataban, pero los negocios eran antes que la salud, y había que repasar las cuentas, ya que estaba cercano el día de la paga» (50).

En el discurso de un revolucionario sobre la medicina y otras profesiones, se refleja claramente una de las causas de la enfermedad, el exceso de comida en las gentes ricas, o la escasez de la misma en los pobres: «¡No más opresores y falsarios! Todas las dignidades y profesiones del presente habían de desaparecer... los médicos también porque el día que triunfe nuestra revolución se acabarán las enfermedades... Porque las que ahora existen son por haber hecho ostentación de la riqueza» (51).



de lo futuro, como
unos unatrachos, pues
ni el ni yo vamos
a morir mañana.
Pues no queda larga
vida para trabajar.
Reciba los cariños
saludos de un amigo

Vicente Blasco
Ibáñez

El año próximo después
de mi viaje a España
saldré probablemente a dar
la vuelta al mundo. Tanto
por ir a los Estados Unidos, por
ir por Oriente, pasando por la
India, la China y el Japon.

Carta autógrafa fechada el 20 de octubre de 1920,
en cuya postdata hace referencia el autor a su
próximo viaje alrededor del mundo.

Blasco Ibáñez, Doctor «Honoris Causa»
de la Universidad de George Washington.

Fragmento de una carta autógrafa de Blasco Ibáñez,
fechada el 12 de octubre de 1920.

za, comiendo más de lo que necesita el organismo o por comer menos» (51).

RELIGIÓN Y MEDICINA

Respecto a la relación entre la medicina y otras ciencias con la religión, alude Blasco a las ideas del catolicismo español de su época que despreciaba a las ciencias positivas, diciendo que la única ciencia era la teología. Las máquinas, los descubrimientos de las ciencias positivas, todo lo que no se relacionase con la Divinidad y la vida futura, eran para el catolicismo, bagatelas para entretener a gentes locas y sin fe.

También existen casos de personas, que por una religión mal entendida, mortifican su cuerpo e incluso descuidan su higiene personal como mortificación: «Muchos días las criadas encontraban la cama intacta... sus ropas interiores, que cada vez llegaban con mayor retraso a las pilas del lavadero, tenían salpicaduras de sangre. Una doncella había recogido olvidado sobre la cama, un horrible cinturón de esparto, un cilicio de los más sencillos que fabricaban ciertas monjitas de Beñoña» (53).

Había ciertas mujeres a las que repugnaba, por su pudor cristiano, mostrar su cuerpo enfermo: «Repugnaba a su pudor de buena mujer, cristianamente educada, prestarse a vergonzosas exhibiciones de los órganos enfermos» (54).

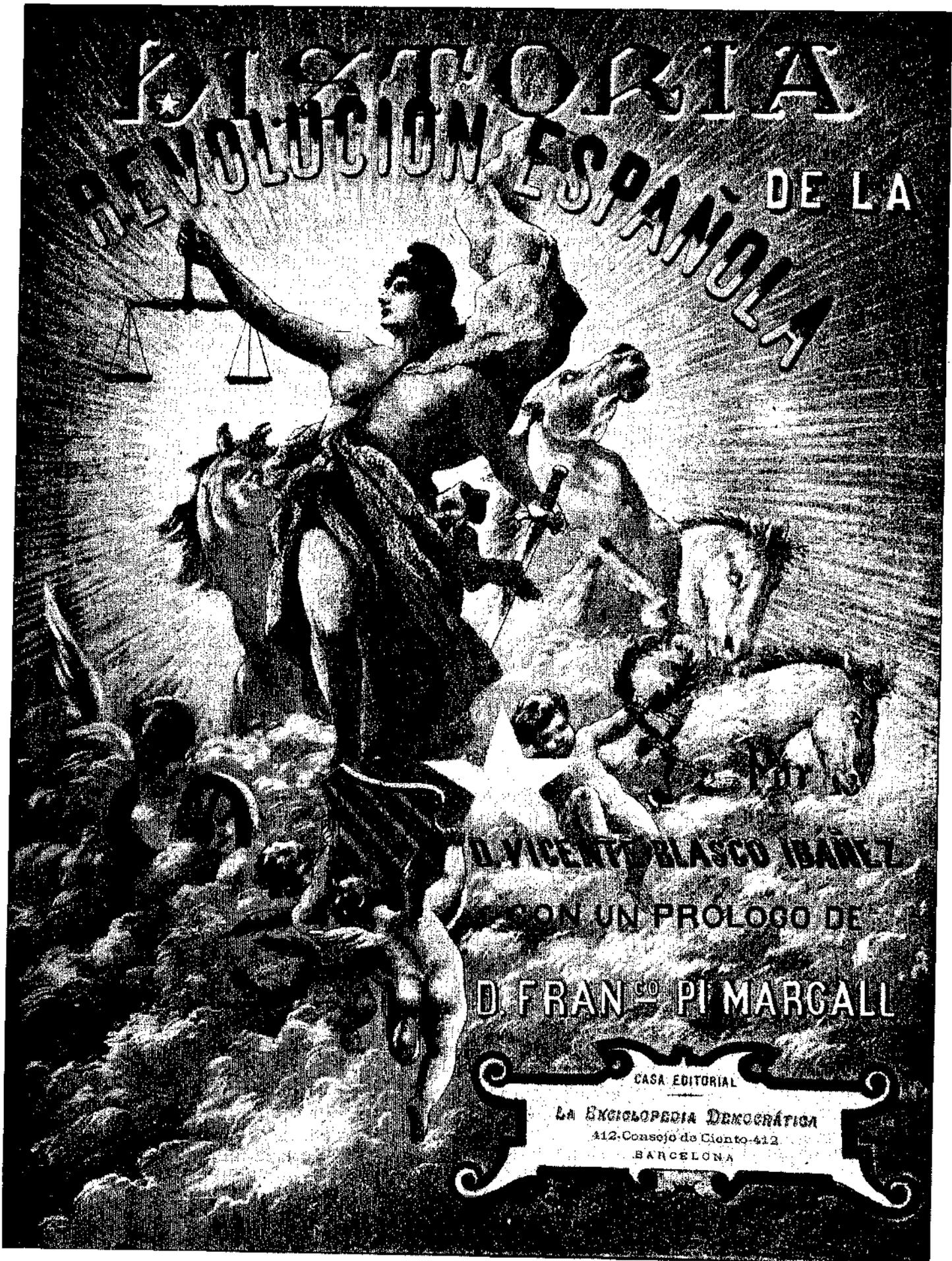
Se refleja también, la ignorancia de las gentes que tienen que hablar con su confesor, antes de ponerse en manos de un médico cuyas creencias religiosas difiere de las suyas (55). Tema muy interesante y tratado en varias ocasiones por el escritor, es el de la supersti-

ción religiosa; múltiples enfermos que creen que con la fe simplemente se podían curar, incluso haciendo cosas que iban en contra de su salud: «Todos los de su clase son gente muy especial. Desprecian a los médicos, no los atienden y se meten con esas bárbaras devociones de las que esperan la salud» (56). «El mal es invencible y la ciencia no puede contra él tanto como la fe. A veces menos todavía» (57). «...Un perro mordió a varios trabajadores... temiendo que el mordisco les produjera la hidrofobia y para evitarlo, les hizo tragar, en forma de píldoras, una estampa del santo milagroso... después pagó con largueza el viaje a los enfermos para que fuesen curados por un médico célebre... Dupont explicaba... primero la fe, después la ciencia, que algunas veces hace grandes cosas, pero es porque lo permite Dios» (58).

HOSPITAL

El hospital es considerado por el enfermo como algo que infunde respeto, pero en el cual hay más posibilidades de curación: «Te verían los catedráticos, todos unos sabios... tendrías la criatura llena de cuidados y sanarías» (59).

Pero no ocurre igual al hablar de la autopsia, sobre todo si el que va a ser autopsiado es un ser querido; los médicos son llamados matadores y la sala de autopsia, matadero de la investigación.



DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ

CON UN PROLOGO DE

D. FRANCISCO PI MARGALL

CASA EDITORIAL

LA ENCICLOPEDIA DEMOCRÁTICA
412. Consejo de Ciento-412
BARCELONA

MEDICINA POPULAR

Dentro de la medicina popular, existe un tipo muy característico: la curandera o comadre, vieja del pueblo que hace las veces de médico entre la gente y en la cual confían más que al propio doctor. «Las curanderas tenían más respeto que el médico del Palmar.» (60) Estas comadres con sólo mirar al enfermo hacían el diagnóstico. «La opinión de todas era unánime, el infeliz tenía parada la comida en la boca del estómago y había que hacer que arrancase.» (61)

Ante un caso de tuberculosis su diagnóstico es: «La sangre corrompía que se le ha subió al pecho y la ajoga. Por eso pide siempre de beber, como si con un río no le bastase.» (62) Se creía que había algo dentro del cuerpo que si se lograba expulsar sanaría: «Lo primero que preguntaba era si había arrojado aquello, aguardando que expeliera por la boca la podredumbre, lá mala sangre que el susto había acumulado en su pecho» (63). «A veces interrumpíase el estertor de su respiración, con una tos seca lanzando expectoración estriada de sangre. La vieja movía la cabeza. Ella esperaba algo negro y monstruoso, una oleada putrefacta que se llevase, al salir, todo el mal de la muchacha» (64).

Y cómo no, había la contraposición de opiniones diagnósticas entre el médico y la curandera. «La vieja habló... era la sangre corrompida por el susto que no podía salir y la mataba. Pero D. Fernando movía la cabeza, era la tisis, rápida, brutal, fulminante, esparciendo el tubérculo con la florescencia de la plaga» (65). Vemos continuamente, en la medicina popular, esa idea de que la culpa de la

enfermedad la tenía algo malo que existía en la sangre, opinión transmitida desde tiempo por el pueblo.

Pero no sólo era el diagnóstico el único objetivo de la curandera, sino una parte muy importante era el remedio, hierbas y cataplasmas preparadas y aprendidas de madres a hijas y que en algunos casos tenían su efecto, aunque no siempre: «No se habían engañado, era el susto... y solicitaron... los más disparatados ingredientes, para una famosa cataplasma que pensaban preparar» (66). «Tenía un nido en las tripas... haciéndole tragar toda clase de líquidos milagrosos» (67). También asistían al parto e intentaban producir abortos a base de cataplasmas.

Incluso servían para saber la virginidad de las mozas antes de casarse «La Teodora, era la mujer más sabia de su raza, servía de médico a los hombres, de comadrona a las mujeres y de *castañeadora* a las mocitas que iban a casarse» (68).

El pueblo tenía una fe ciega en las curanderas. El fundamento de esta fe no era otro que la injusticia social imperante en la sociedad española del siglo XIX. La medicina, al servicio de la burguesía liberal, perpetuaba todavía la vieja e intolerable división entre médicos para ricos y medicina para pobres: «¿Un médico?, eso es para los señores, para los ricos. ¿Y quién había de pagarlo?... las gentes de su raza, aunque pobres, tenían un poquito de ciencia» (69).

LA MEDICINA EN LAS NOVELAS SOCIALES Y VALENCIANAS DE BLASCO IBAÑEZ

NOTAS

- (1) Para dicho estudio me he basado en el libro *Medicina y Sociedad en la España del siglo XIX* (López Piñero, J. M.^o; García Ballester, L.; Faus Sevilla, P.).
- (2) *Ibid.*, págs. 214-218.
- (3) *Ibid.*, pág. 101.
- (4) *Ibid.*, págs. 235-236.
- (5) *Ibid.*, págs. 240-241.
- (6) *Ibid.*, pág. 246.
- (7) *La medicina y enfermedad en la España de Galdós* (López Piñero, J. M.^o) (en prensa), pág. 12.
- (8) *Medicina y Sociedad en la España del siglo XIX*, pág. 278-279.
- (9) *Historia de España* (Ubieto, Reglá, Jover), pág. 634.
- (10) *Ibid.*, págs. 635-636.
- (11) *Ibid.*, pág. 638.
- (12) Blasco Ibañez, *Obras completas*, tomo I, pág. 15-16. Para este trabajo, hemos manejado la edición de *Obras completas* publicadas por la Editorial Aguilar. Madrid, 1958. Las citadas en este artículo están contenidas en el tomo I de dicha edición.
- (13) *Ibid.*, pág. 18.
- (14) *El intruso*, pág. 1072.
- (15) *Ibid.*, pág. 1072.
- (16) *Ibid.*, pág. 1075.
- (17) *Ibid.*, pág. 1080.
- (18) *Ibid.*, pág. 1092.
- (19) *Ibid.*, pág. 1104.
- (20) *Ibid.*, pág. 1105.
- (21) *Ibid.*, pág. 1132.
- (22) *La condenada y Otros cuentos* (Primavera Triste), página 94.
- (23) *Entre naranjas*, pág. 383.
- (24) *Arroz y tartana*, pág. 388.
- (25) *Ibid.*, pág. 388.
- (26) *La horda*, pág. 1505.
- (27) *La horda*, pág. 1507.
- (28) *El intruso*, págs. 1178-1182.
- (29) *Entre naranjos*, pág. 588.
- (30) *El intruso*, pág. 1089.
- (31) *Ibid.*, pág. 1079.
- (32) *Ibid.*, pág. 1081.
- (33) *La bodega*, pág. 1268.
- (34) *Ibid.*, pág. 1293.
- (35) *La horda*, pág. 1471.
- (36) *Ibid.*, pág. 1486-1487.
- (37) *Ibid.*, pág. 1487.
- (38) *La catedral*, pág. 963.
- (39) *La bodega*, pág. 1306.
- (40) *Ibid.*, pág. 1309.
- (41) *La catedral*, pág. 964.
- (42) *La bodega*, pág. 1311.
- (43) *Cañas y barro*, págs. 894-896.
- (44) *La condenada y Otros cuentos* (*El maniquí*), pág. 124.
- (45) *Cañas y barro*, pág. 827.
- (46) *La bodega*, pág. 1295.
- (47) *Ibid.*, pág. 1286.
- (48) *Cañas y barro*, pág. 818.
- (49) *El intruso*, pág. 1075.
- (50) *Ibid.*, pág. 1083.
- (51) *La bodega*, pág. 1217.
- (52) *La catedral*, pág. 958.
- (53) *El intruso*, pág. 1144.
- (54) *Entre naranjos*, pág. 584.
- (55) *Ibid.*, pág. 588.
- (56) *Ibid.*, pág. 585.
- (57) *Ibid.*, pág. 585.
- (58) *La bodega*, pág. 1226.
- (59) *La horda*, pág. 1504.
- (60) *Cañas y barro*, pág. 916.
- (61) *Ibid.*, pág. 916.
- (62) *La bodega*, pág. 1305.
- (63) *Ibid.*, pág. 1306.
- (64) *Ibid.*, pág. 1309.
- (65) *Ibid.*, pág. 1310.
- (66) *Ibid.*, pág. 1306.
- (67) *Cañas y barro*, pág. 916.
- (68) *La horda*, pág. 1491.
- (69) *La bodega*, pág. 1306.